

al espíritu solidario. La solidaridad consiste en la actitud ética de compartir los frutos del progreso que acarrea la competencia y no en la sensiblería que se emociona ante el reino de lo mediocre.

De ahí la inquietud que suscita que cuando hasta China empieza a introducir la competencia en su economía, un dirigente democratacristiano auspicie que Chile retroceda hacia el estatismo, en nombre de una solidaridad tan mal entendida.

*ERCILLA, 27 marzo 1985*

## NUESTRA CRISIS ECONÓMICA

Chile vive hoy una crisis económica, que el Presidente Aylwin ha calificado de "emergencia nacional". Está claro que ella no se debe sólo al alza internacional del petróleo. Errores del gobierno, como el alza de impuestos, los proyectos laborales o su respaldo a un "ajuste" excesivo y recesivo, también han contribuido a dicha crisis.

Sin embargo, considero que el problema es aún más profundo.

A mi juicio, lo esencial estriba en que la Concertación está aplicando un sistema de economía social de mercado en el cual no cree. Y eso se percibe, generando desconfianza.

En efecto, durante todo el régimen militar los sectores que hoy gobiernan combatieron implacablemente la estrategia económico-social emprendida a partir de 1973. Propiciaban el retorno a esquemas estatistas muy similares a los que democratacristianos y socialistas aplicaron en sus anteriores experiencias gubernativas.

No obstante, al llegar al poder, la Concertación se ha visto obligada a asumir una actitud de prudente continuismo económico-social. A esto la han forzado básicamente dos hechos.

En primer término, el prestigio internacional alcanzado por la conducción económica del gobierno pasado —y el consiguiente buen pie en que éste legó el país al actual régimen— habría hecho impresentable ante las naciones desarrolladas un cambio significativo o brusco del sistema heredado.

En segundo lugar, el derrumbe mundial del socialismo ha sepultado definitivamente los modelos estatistas. ¡Hasta la Unión Soviética

avanza hacia una economía de mercado!

Ante semejante cuadro, la Concertación asume el sistema económico-social del cual Chile fue pionero en América latina hace diecisiete años. Lo asume. Pero no cree en él. Más aún, ni siquiera lo comprende bien, porque malgastó todos esos años en atacarlo.

Es obvio que si la apertura de nuestra economía no estuviese vigente, la Concertación no la habría impulsado. Que si la privatización de empresas públicas no se hubiese realizado, ellas seguirían siendo estatales. Que si no se hubiese aprobado la reforma previsional y su sistema de las AFP, la Concertación habría sido incapaz de salir de la antigua previsión estatista y quebrada. En fin, que si la descentralización educacional y de la salud —con la creación de las Isapres— no estuviese iniciada, el actual gobierno no la habría propiciado.

Por eso, la Concertación no profundiza las modernizaciones. Lo mejor que hace es no destruirlas. Pero aparecen resabios estatistas que generan desconfianza. Ciertos conceptos e iniciativas del ministro Lagos o los proyectos laborales del ministro Cortázar sobresalen inquietantemente en tal sentido.

Todo lo anterior explica la falta de credibilidad de los agentes económicos. Ello demora en notarse en las inversiones extranjeras comprometidas desde hace tiempo. Pero dentro del país ya se advierte en millares de decisiones individuales de personas y empresas, incluidas especialmente las medianas y pequeñas.

La Unión Demócrata Independiente ha elaborado un plan para afrontar la crisis y retomar la ruta modernizadora. Desgraciadamente, el actual gobierno no lo acepta, porque no cree de verdad en la economía social de mercado.

*ERCILLA, 17 octubre 1990*